

bia. Hay que esforzarse con energía en refutar las mentiras y falsedades, recurriendo á las fuentes, teniendo en cuenta que la *primera ley de la historia es no atreverse á mentir, y la segunda, no avergonzarse de decir la verdad, de moda que el historiador no sea sospechoso de adulación ni de animosidad.*<sup>1</sup>

## CAPÍTULO DÉCIMOTERCIO. EL ARTE Y LA BELLEZA.

1. Noción del arte y tendencia en que se funda su cultivo. — 2. Verdad, bondad y belleza: relaciones que tienen entre sí. — 3. Definición de la belleza dada por San Agustín y por Santo Tomás de Aquino. — 4. Diferencia que hay entre la belleza y la bondad. — 5. Resumen de la doctrina de San Agustín acerca de la belleza. Teoría de Santo Tomás sobre el arte. — 6. La belleza es *objetiva*; qué se entiende por *expresión*. — 7. Diversos grados y órdenes en la belleza. — 8. Dios es la fuente y el origen de toda belleza. — 9. Naturaleza y constitutivos de la belleza; seres en que ésta principalmente brilla. — 10. Esfera del arte y su destino. — 11. El simbolismo en el arte. — 12. El ideal en el arte. — 13. El arte, para cumplir su misión, tiene que ser eminentemente religioso.

1. Noción del arte y tendencia en que se funda su cultivo. — Al exponer en la Primera Parte de esta obra los principios fundamentales de la educación, indicamos que abrazando ésta á todo el hombre, comprendía también el cultivo de sus facultades, entre ellas la sensibilidad, cuyo objeto propio es la belleza.

<sup>1</sup> «Permagui referat... omnino videre, ne diutius in materiam ingentis publice privatique mali ars historica, que tantum habet nobilitatis, traducatur. Viri probi in hoc disciplinarum genere scienter versati, animum adiciant oportet ad scribendam historiam hoc proposito et hac ratione, ut, quid verum sincerumque sit, appareat, et que congeruntur tam nimum diu in Pontifices Romanos iniuriosos crimina docte opportuneque diluantur. Ieiunæ narrationi opponatur investigationis labor et mora: temeritati sententiarum prudentia iudicii: opinioinum levitati scita rerum selectio. Enitendum magnopere, ut omnia eumentia et falsa audeundis rerum fontibus refutentur; et illud in primis scribentium obversetur animo: *primam esse historia legem, ne quid falsi dicere audeat; deinde, ne quid veri non audeat; ne qua suspicio gratie sit in scribendo, ne qua simulatis* (Breve Sapeuimero).

La educación estética se propone dirigir la sensibilidad y formar el gusto, mediante el conocimiento, la contemplación é imitación de lo bello.

La sensibilidad se impresiona agradable ó desagradablemente, ante lo bello y lo feo.

La educación estética, para ser provechosa, debe darse después de la educación intelectual y de la moral; porque no se puede percibir la belleza de los seres sin tener desarrollada la facultad cognoscitiva y formada la conciencia, que juzga de la bondad ó malicia de los actos.

Conviene mucho educar la sensibilidad, que en gran parte influye en la felicidad ó desgracia del hombre; por lo que debe el maestro encaminar las aspiraciones del alumno hacia los verdaderos goces intelectuales, morales y religiosos, y formar en aquél el gusto, por la investigación de la verdad, la práctica del bien y el conveniente ejercicio de las facultades sensitivas y reflexivas<sup>1</sup>.

Entre los conocimientos que contribuyen á la cultura del espíritu, no es posible prescindir de una de las ciencias más atractivas para el hombre: la estética, «ciencia que trata de la belleza y de la teoría fundamental y filosófica del arte»<sup>2</sup>. La estética determina los caracteres de lo bello, trata de los constitutivos del arte y del fin que se propone, examina las cualidades necesarias para una acertada producción artística, y descendiendo al análisis de cada arte peculiar, fija las reglas á que debe someterse cada cual y le asigna el puesto que le corresponde entre las demás artes.

Defínese el arte: «la expresión de la belleza ideal bajo una forma sensible»<sup>3</sup>. Lo bello es, por tanto, objeto del arte, y la creación humana es su obra exclusiva.

Las artes liberales, ó bellas artes, forman una de las ramas importantes del saber, recrean é instruyen al hombre y cooperan al adelanto de los pueblos. Ellas se proponen imitar la naturaleza y reproducir, en cierto modo, al hombre interior;

<sup>1</sup> Cf. *Achille*, Vade-mecum de l'éducateur chrétien.

<sup>2</sup> Diccionario de la Academia Española.

<sup>3</sup> P. Fétis.

son de la incumbencia del espíritu y se dirigen á la imaginación y al sentimiento. Dichas artes son: «la pantomima ó lenguaje natural; la palabra, lenguaje de los sonidos articulados; la música, lenguaje de los sonidos modulados; la escultura, lenguaje por imitación de las formas de los objetos palpables; la arquitectura, lenguaje por medio de las disposiciones significativas de los edificios; la pintura y el grabado, lenguaje por medio de los colores y las líneas que se extienden en una superficie plana.»<sup>1</sup>

Ernesto Hello<sup>2</sup> divide el arte de la siguiente manera: «El tiempo y el espacio», dice, «guardan las barreras de este mundo y retienen cuanto entra en él. Obligado el arte á soportar á aquéllos, solicita su auxilio para permanecer bello en su compañía. El tiempo le suministra la palabra, y el espacio la luz. La palabra y la luz son, pues, los dos ministros del arte. La aritmética expresa las leyes del tiempo, y la geometría las leyes del espacio. La aritmética produce en el mundo del arte la poesía y la música, ministros de la idea en el departamento del tiempo, quien determina la medida, y esta medida es el ritmo. La geometría lanza en el mundo ideal la arquitectura, la escultura y la pintura, ministros de la idea en el departamento del espacio, quien señala á éstas sus proporciones.»

No es mi ánimo tratar de cada una de las bellas artes; por esto, después de indicar cuál es la naturaleza del arte y de la belleza, hablaré más detenidamente del *arte literario*, y de los demás únicamente por incidencia. Del arte oratorio se trató ya en otro capítulo.

El cultivo del arte se funda en una inclinación íntima de nuestra alma y muy arraigada en ella: á saber, en el amor y tendencia hacia lo bello, de que la dotó el mismo Dios, quien adornó á un mismo tiempo á los seres de cualidades adecuadas para producir en nuestro espíritu la emoción estética. Nadie, en efecto, permanece indiferente ante las magnificencias del mundo visible é invisible: el primero con su

<sup>1</sup> Cf. *Serrano*, Diccionario universal.

<sup>2</sup> L'homme. La vie, la science, l'art.

cielo tachonado de estrellas, con sus mares y ríos, montes y valles, bosques y campiñas, astros y planetas, y con esos horizontes y perspectivas incommensurables que, como decía el Dante, no tienen más confines que la luz y el amor; y el segundo (el mundo invisible) con su caridad y heroísmo, con ángeles y santos, y con la hermosura de Dios, *siempre antigua y siempre nueva*, enbelesan el alma y la hacen gozar de una fruición inexplicable.

«El arte tiene por objeto una de las tres grandes faces del ser y de lo infinito, que es lo bello», dice el Padre Félix<sup>1</sup>. «El filósofo y el sabio tienen por objeto propio de sus investigaciones lo verdadero, que traducen en sus obras; el santo tiene por objeto propio de sus generosos esfuerzos el bien, y asimismo lo traduce en sus actos de virtud y á veces de heroísmo; el artista tiene por objeto de su trabajo, que á veces es también heroico, lo bello. Busca y ama directamente la belleza y la traduce en sus obras; la contempla con avidez, se apasiona de ella y procura expresarla con el sonido, con el dolor, con las palabras, con una forma, en fin, sensible, cualquiera que sea.»

**2. Verdad, bondad y belleza: relaciones que tienen entre sí.** — La verdad, la bondad, y la belleza comprenden cuanto el hombre puede investigar y saber. La verdad es «la conformidad del entendimiento con su objeto»; la bondad es «la aptitud que tiene el ser de aquietar con su posesión el apetito», y la belleza es «la complacencia que siente el alma con la vista ó conocimiento de un objeto»<sup>2</sup>. La verdad es el *ser*, objeto de la inteligencia; el bien es el *ser*, objeto de la voluntad. De la unión de la verdad y del bien resulta la belleza. Lo bello es el orden; el orden repositivo sobre la unidad; la unidad constituye la belleza<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> «Del objeto y naturaleza del arte».

<sup>2</sup> «Es cosa generalmente admitida», dice el cardinal Zigliara, «que, así como es verdadero aquello cuyo conocimiento aquieta la inteligencia y bueno aquello cuya posesión aquieta el apetito, también es hermoso todo lo que con su vista ó conocimiento causa en el alma cierta complacencia» (*Summa philosophica*).

<sup>3</sup> Cf. *Boileau*, Le beau.

La verdad, la bondad y la belleza son como tres hermanas que, cuando proceden de acuerdo y se auxilian mutuamente, contribuyen al progreso humano y dan lustre á las producciones del ingenio; pero, cuando luchan entre sí, producen desequilibrio en las facultades y causan grave detrimento á las labores de la inteligencia. Siempre que en el hombre hay acuerdo entre la cabeza y el corazón, todos sus actos son rectos y ordenados: de igual modo, las obras de arte, que son la representación de una idea, de un ejemplar, de un ideal, son perfectas cuando están acordes con la verdad y se inspiran en la bondad, inseparables de la belleza. Al faltar la verdad, no existe correspondencia entre la facultad intelectiva y lo investigado; al faltar la bondad no puede la obra de arte aquietar el apetito ni contribuir á la moralización del hombre; cuando no hay belleza, tampoco puede el alma gozar con la vista ó el conocimiento de un objeto.

Para percibir más claramente las relaciones que hay entre la verdad, la bondad y la belleza, es necesario definir á esta última é indicar en qué se diferencia de la bondad.

3. Definición de la belleza dada por San Agustín y Santo Tomás de Aquino.—No se ha dado aún una definición de la belleza que á todos satisfaga; y en este punto como en otros del saber humano (de suyo deficiente), por los efectos y resultados, adquirimos meras nociones para venir en conocimiento de la cosa ó materia de que se trata. Sin duda por este motivo se han emitido desde la antigüedad diversas teorías sobre la belleza y se la ha definido de varios modos; lo que comprueba, además, su importancia é influjo en la cultura del espíritu.

Por ser tan controvertido el verdadero concepto de la belleza, me atengo á la doctrina de San Agustín y de Santo Tomás, generalmente admitida por cuantos profesan nociones sanas y exactas en esta delicada materia. El primero define la belleza *el esplendor del orden*: *Pulchritudo est splendor ordinis*. «Unidad, variedad, conveniencia, proporción, simetría, poder y armonía: todo esto entra en el misterio de la belleza, que busca el artista; pero todo se resume y se compendia en esta palabra sublime: *el orden*: no el orden abstracto,

vacio y muerto, sino el orden vivo, en acción, radiante», como dice el Padre Félix<sup>1</sup>, «esto es la verdad brillando, la armonía dejando oír sus ecos, el bien ostentándose, la vida dilatándose poderosa y ordenada, la unidad irradiándose en medio de la diversidad. La verdad, la variedad y el poder que resplandecen en medio del orden y le dan el esplendor de la unidad, *omnis pulchritudinis ratio unitas*, según las palabras del mismo santo: esto es lo que en todos los grados de la jerarquía de los seres nos da el sentido de la belleza, lo que excita la admiración y aviva el entusiasmo por ella.» Para comprender mejor la definición de San Agustín, téngase presente que, de acuerdo con Aristóteles, incluye él, como luego se verá, en el concepto de lo bello la idea de *grandeza*, que es una forma de la *potencia*, opinión adoptada por Levêque, el famoso teórico moderno de la belleza, quien dice que las ideas de grandeza y orden, con la de potencia, son esenciales en lo bello.

En efecto, hay casos en que puede haber orden, y sin embargo no existir belleza, como pasa con un almacén de provisiones en que todo está debidamente colocado. Por el contrario, si contemplamos esas enormes rocas de basalto negrecido, amontonadas unas sobre otras, no descubrimos en ellas orden alguno; y con todo el artista lleno de estupor y de admiración se detiene á verlas. El sentimiento estético ha vibrado en su alma hasta la sublimidad; porque ha sentido la *potencia* de las fuerzas naturales, ó, mejor dicho, las huellas de la mano poderosa de Dios que ha lanzado por los aires esas masas en ignición y las ha solidificado como un monumento de su fuerza. La fuerza aprehendida y apreciada por la inteligencia; he ahí el único elemento de lo bello<sup>2</sup>.

Algunos definen la belleza artística *el esplendor de la verdad*: *splendor veri*. Definición muy expresiva y aceptable, por cuanto la verdad es una de las cualidades trascendentales de todo ser; mas para que produzca en nuestra alma emoción estética, sobre todo la verdad abstracta, es preciso que «ella resplandezca en la producción artística; esto, es que

<sup>1</sup> L. c.<sup>2</sup> Cf. *Bélanges*, Un guide au pays du beau.

centellee con todo su maravilloso encanto y que avasalle con él<sup>1</sup>; es preciso sensibilizarla, en algún modo, sea en realidad, sea en nuestra imaginación.

Santo Tomás, en la *Summa Theologica*, afirma que lo bello se refiere á la facultad intelectiva, porque se dicen bellas las cosas que agradan á la vista (tomada esta palabra en toda su extensión, esto es, natural y metafóricamente hablando). Y define, en seguida, la belleza, diciendo que consiste en cierta debida proporción; por cuanto el sentido se deleita en las cosas debidamente proporcionadas, como semejantes á él; porque el sentido es también cierta razón, así como lo es toda facultad cognoscitiva. Y, como el conocimiento se adquiere por asimilación, y esta se refiere principalmente á la forma; lo bello corresponde, propiamente hablando, á la razón de causa formal<sup>2</sup>.

En otro lugar de la *Summa* dice, citando á San Dionisio, que á la naturaleza de lo bello y de lo hermoso concurren la claridad y la debida proporción; y así Dios es bello como causa de la armonía y del esplendor de todos los seres. Luego la belleza del cuerpo consiste en que el hombre tenga sus miembros bien proporcionados con cierta claridad de color debido; y la belleza espiritual consiste en que la conversación del hombre ó su acción esté bien proporcionada, según la claridad espiritual de la razón<sup>3</sup>.

Para la belleza se requieren tres cosas: la integridad ó perfección, puesto que lo incompleto es por lo mismo deforme;

<sup>1</sup> P. Alcaró. De críticos y de crítica.

<sup>2</sup> Pulchrum respicit vim cognoscitivam: pulchra enim dicuntur que visa placent; unde pulchrum in debita proportione consistit, quia sensus delectatur in rebus debite proportionatis, sicut in sibi similibus; nam et census ratio quedam est; et omnis virtus cognoscitiva. Et quia cognitio fit per assimilationem, assimilatio autem respicit formam; pulchrum proprie pertinet ad rationem cause formalis (Summa theol. I, q. 5, a. 4 ad 1).

<sup>3</sup> Sicut accipi potest ex verbis Dionysii (De div. nom. c. 4, P. 1, lect. 5 et 6), ad rationem pulchri, sive decori, concurrir et claritas, et debita proportio. Dicit enim, quod Deus dicitur pulcher sicut universorum consonantix et claritatis causa. Unde pulchritudo corporis in hoc consistit, quod homo habeat membra corporis bene proportionata cum quadam debiti coloris claritate. Et similiter pulchritudo spiritualis in hoc consistit, quod conversatio hominis sive actio eius sit bene proportionata secundum spirituales rationis claritatem (II II, q. 145, a. 2).

la debida proporción ó correspondencia; y, por último, la claridad, pues las cosas que tienen un color brillante son reputadas como bellas<sup>1</sup>. La belleza consiste en cierta claridad y debida proporción; pero ambas cosas se encuentran radicalmente en la razón, á la cual pertenece ordenar en las otras cosas, así el resplandor que las manifiesta como la proporción debida; y por eso en la vida contemplativa, que consiste en un acto de razón, hállase *per se* y esencialmente la belleza...; mientras que en las virtudes morales se encuentra la belleza participativamente, esto es, en cuanto participan del orden de la razón; y principalmente en la templanza, que reprime la concupiscencia, obscurecedora de la lumbre de la razón<sup>2</sup>.

Veamos ahora la manera con que la belleza es percibida por nosotros. Como lo explica Bélanger, para la recepción de aquélla en nuestra alma intervienen varias facultades. En primer lugar, la vista y el oído, que son los *sentidos cognoscitivos* que tenemos y como nobles vigías que observan el mundo para servicio nuestro; pero ellos no perciben sino la *corteza* de lo bello, su elemento material y grosero: la sensación. Si la belleza es el esplendor del orden (ó de la potencia), su apreciación corresponde á la facultad que juzga del orden, de la potencia, del esplendor. Viene en seguida la imaginación, que se apodera de la sensación, la afina, la idealiza y la presenta á la fuerza activa del espíritu; porque sólo á éste, es decir, al entendimiento, corresponde, como dice Bossuet, juzgar de la belleza, esto es, juzgar del orden, de la proporción, de la armonía de las cosas.

<sup>1</sup> Ad pulchritudinem tria requiruntur: primo quidem integritas sive perfectio, que enim diminuta sunt, hoc ipso turpia sunt; et debita proportio, sive consonantia; et iterum claritas. Unde que habent colorem nitidum, pulchra esse dicuntur (I, q. 39, a. 8).

<sup>2</sup> Pulchritudo consistit in quadam claritate et debita proportione. Utrumque autem horum radicaliter in ratione invenitur; ad quam pertinet, et lumen manifestans, et proportionem debitam in aliis ordinare. Et ideo in vita contemplativa, que consistit in actu rationis, per se et essentialiter invenitur pulchritudo... In virtutibus autem moralibus invenitur pulchritudo participative, in quantum scilicet participant ordinem rationis; et precipue in temperantia, que reprimit concupiscentias maxime lumen rationis obscurantes (II II, q. 180, a. 2 ad 3).

En cuanto á la voluntad, como es eminentemente práctica, busca el bien, único móvil para ponerla en acción y contentarla; por lo que su actitud en presencia de lo bello es desinteresada. La inteligencia se embriaga, se complace y siente feliz ante la belleza; la voluntad se muestra satisfecha del goce que aquélla experimenta; y he aquí por qué el amor estético, como observa Lacouture, es el más puro de los amores; la voluntad y el corazón se unen con la inteligencia para hacer de este amor un verdadero culto, lleno de admiración y de reserva<sup>1</sup>.

**4. Diferencia que hay entre la belleza y la bondad.**—El hombre busca el *bien* como término ó, mejor dicho, fin de sus actos, y mediante su *posesión* se aquieta el apetito. Igualmente le atrae la belleza, que produce en el alma una sensación grata, causada por el aspecto de los objetos hermosos. La belleza es percibida por los sentidos propiamente cognoscitivos, que son la vista y el oído. La belleza y la bondad son la misma cosa en el sujeto; pero difieren, según el lenguaje de la escuela, en que lo bello tiene razón de causa formal, y lo bueno razón de causa final.

Para comprender mejor la doctrina relativa á esta cuestión, transcribiré lo que Santo Tomás dice al respecto. Al tratar de si lo *honesto* es lo mismo que lo *bello*, afirma que «lo que mueve el apetito es el bien aprehendido; pero lo que aparece bello en la misma aprehensión se considera como conveniente y bueno: y por eso dice San Dionisio, que á todos es amable lo bello y lo bueno. Así que también lo honesto mismo, en razón de poseer belleza espiritual, se hace apetecible; por lo que dice Tulio: 'Ves la forma misma y, por decirlo así, la faz de lo honesto, la cual si se percibiese por la vista, excitaria amores admirables para la sabiduría, como dice Platón'»<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Cf. la obra citada y Lacouture, Esthétique fondamentale.

<sup>2</sup> «Obiectum movens appetitum est bonum apprehensum; quod autem in ipsa apprehensione apparet decorum, accipitur ut conveniens et bonum. Et ideo dicit Dionysius (De div. nom. c. 4, P. 1, lect. 5; P. 3, lect. 14), quod 'omnibus est pulchrum et bonum amabile'. Unde et ipsum honestum, secundum quod habet spirituales decorum, appetibile redditur; unde et Tullius

Lo hermoso y lo bueno son la misma cosa en el sujeto, porque uno y otro tienen la forma por base, y por este motivo lo bueno es alabado como hermoso; pero difieren en sus conceptos: porque, hablando con propiedad, el bien se refiere al apetito, puesto que se llama bueno lo que todos apetecen; y por esto lleva consigo la idea de fin; ya que el apetito es el movimiento hacia una cosa. Mas lo bello se refiere á la facultad cognoscitiva, y así llamamos bellas las cosas que agradan á la vista<sup>1</sup>.

Á fin de probar que el bien es la única causa del amor, enseña el mismo Santo, como en la cuestión precedente, que lo bello es lo mismo que lo bueno, difiriendo sólo entre si *racionalmente*: porque, siendo el bien lo que todos apetecen, es propio de la naturaleza del bien el que en su *posesión* se aquiete el apetito. De lo bello es propio que á su *vista* ó conocimiento se aquiete el apetito; por lo cual aquellos sentidos perciben principalmente la belleza que son más cognoscitivos, como la vista y el oído, que sirven á la razón. Así llamamos bellas á las cosas visibles, y bellos también á los sonidos. Pero en las sensaciones de los otros sentidos, no empleamos el nombre de belleza, pues no decimos bellos sabores ú olores. Es, por tanto, evidente que lo bello añade á lo bueno cierto orden á la potencia cognoscitiva, de tal modo que se llama *bien* en absoluto todo lo que agrada al apetito, y *bello* el objeto cuya mera aprehensión ó percepción nos complace<sup>2</sup>.

dicit (De offic. 1. 1, immediate ante tit. 'De quattuor virt', in princ.): 'Formam ipsam et tanquam facies honesti vides, que si oculis cerneretur, mirabiles amores, ut ait Plato, excitaret.' (II II, q. 145, a. 2 ad 1.)

<sup>1</sup> «Pulchrum et bonum in subiecto quidem sunt idem: quia super eandem rem fundantur, scilicet super formam: et propter hoc bonum laudatur ut pulchrum; sed ratione differunt. Nam bonum proprie respicit appetitum: est enim bonum quod omnes appetunt; et ideo habet rationem finis; nam appetitus est quasi quidam motus ad rem. Pulchrum autem respicit vim cognoscitivam: pulchra enim dicuntur que visa placent» (I, q. 5, a. 4 ad 1.)

<sup>2</sup> «Pulchrum est idem bono, sola ratione differens. Cum enim bonum sit quod omnia appetunt, de ratione boni est quod in eo quietetur appetitus. Sed ad rationem pulchri pertinet quod in eius aspectu seu cognitione quietetur appetitus: unde et illi sensus precipue respiciunt pulchrum, qui maxime

La autoridad de Santo Tomás es invocada por escritores que profesan opiniones diversas en esta materia; lo que nace de que el Doctor de Aquino no trató de ella *ex professo*, como lo nota el Padre Ruiz Amado. Para Jungmann lo esencial del concepto de belleza está en el amor ó en el apetito, y para Gietmann, en el conocimiento; para el primero, la belleza se identifica con el bien; para el segundo se confunde con la verdad. «Ambas opiniones», dice el Padre Aicardo<sup>1</sup>, «admiten que lo bello se *percibe* con el entendimiento y *agrada* al apetito, y toda la dificultad está en asignar *lo que es esencial* en este proceso y lo que es puramente *condicional ó consiguiente*. Además, parece cierto que no *todo* lo que es verdadero ó *todo* lo que es bueno es por esta razón hermoso.»

Sin pretender decidir la cuestión, afirma el Padre Ruiz Amado que la belleza ontológicamente considerada dice *relación esencial*, tanto al conocimiento como al apetito racional, lo que concilia las dos opiniones opuestas, y parece conforme á la doctrina de Santo Tomás. En efecto, «la belleza se refiere al conocimiento, no como *pura condición*, como sucede en lo *amable*, sino esencialmente, puesto que es esencial á la belleza que solamente conocida agrade (*cuius ipsa apprehensio placet*); y dice asimismo relación esencial á la facultad apetitiva, puesto que pertenece á su concepto que pueda en ella quietarse el apetito, cuya quietud es el deleite (*ad rationem pulchri pertinet, quod in eius aspectu quietetur appetitus*).»

La doctrina de Santo Tomás acerca de la belleza se resume en tres conclusiones, según Menéndez y Pelayo<sup>2</sup>. «Primera: diferencia racional entre lo bueno y lo hermoso, en

cognoscitivi sunt, scilicet visus et auditus rationi deservientes; dicimus enim pulchra visibilia et pulchros sonos. In sensibilibus autem aliorum sensuum non utimur nomine pulchritudinis; non enim dicimus pulchros saporos aut odores. Et sic patet quod pulchrum addit supra bonum quandam ordinem ad vim cognoscitivam; ita quod bonum dicatur id quod simpliciter complacet appetitui, pulchrum autem dicatur id cuius ipsa apprehensio placet» (I II, q. 27, a. 1 ad 3).

<sup>1</sup> De críticos y de crítica.      \* Ideas estéticas.

cuanto lo uno se refiere principalmente á la facultad apetitiva, y el otro á la cognoscitiva; el primero á la voluntad, el segundo al entendimiento. Segunda: lo bueno tiene razón de causa final. Tercera: la belleza consiste en cierta claridad y debida proporción.»

**5. Resumen de la doctrina de San Agustín acerca de la belleza. Teoría de Santo Tomás sobre el arte.**—La verdad, la bondad y la belleza, según San Agustín<sup>1</sup>, son tres aspectos de una misma cosa. La verdad es el ser en cuanto inteligible, y se refiere al entendimiento; la bondad es el ser en cuanto amable, y se refiere á la voluntad y á la sensibilidad; la belleza es el ser en cuanto admirable, y se refiere á la inteligencia, á la voluntad y á la sensibilidad: la inteligencia lo conoce, y este conocimiento agrada á la voluntad y al corazón. La verdad es la realidad del ser, la bondad es la perfección del ser, la belleza es el esplendor del ser. Aristóteles ha señalado muy bien los elementos constitutivos de lo bello, los caracteres intrínsecos ó condiciones que elevan las perfecciones de un ser hasta el esplendor. Según él, lo bello consiste en el orden y en la grandeza<sup>2</sup>. Por orden debe entenderse el orden real que á veces está latente: lo desordenado é incoherente nos choca y desagrada.

El orden es la disposición armoniosa de cosas iguales y desiguales<sup>3</sup>. Tres son, por tanto, los elementos esenciales del orden: la unidad, la variedad y la proporción. La unidad es el alma de la belleza: *omnis pulchritudinis forma unitas*<sup>4</sup>; sin ella hay sólo reunión ó amalgama de cosas ó partes inconexas y mal encadenadas que producen fastidio y dejan la impresión de la fealdad. Pero sin la variedad degenera la unidad en intolerable uniformidad. Nada más fastidioso que la repetición de una misma nota, que el empleo de un color único en un cuadro, que un discurso pronunciado en un solo tono de voz. La proporción se impone de suyo. Si un hombre tiene los brazos desiguales y la nariz muy pro-

<sup>1</sup> Conf. IV, 13.      \* Aristoteles, Poética c. 7.

<sup>2</sup> S. Augustinus, De civ. Dei l. XIX, c. 13, n. 1.

<sup>3</sup> Id., Ep. 18 ad Coelest. n. 2.

minente; si un discurso tiene un exordio interminable y un cuerpo de pruebas muy pequeño, ¿serán bellos ese hombre y ese discurso?<sup>1</sup>

La *grandeza* consiste en el poder, la plenitud y la amplitud, según la diversidad de los sujetos en que brilla la belleza. La grandeza exige, desde luego, la integridad; por lo que, para que un ser sea bello, debe tener todas sus partes ó miembros completos; y por esto el que carece de un ojo, ó de una pierna, es feo; mas con esto solo la integridad sería insuficiente; es preciso, además, que todos los elementos del ser hayan llegado á su pleno desarrollo, y se acerquen insensiblemente á la perfección ideal del género físico, intelectual ó moral á que él pertenece. También en este caso hay que consultar la experiencia; pues indudablemente nos parecen feas las cosas que están muy por debajo de la perfección media de que su especie es susceptible; las que obtienen el grado medio ó se conservan más ó menos en él, nos parecen insignificantes; en fin, á las que se elevan notablemente sobre el nivel común, las juzgamos bellas<sup>2</sup>.

La belleza no consiste en lo *agradable*, ó sea en el halago que experimentan los sentidos; pues es sabido que el sentimiento de lo bello no se confunde de ningún modo con la sensación agradable que perciben la vista y el oído, que son los sentidos artísticos. Por ejemplo, cuando un citarista consumado ejecuta un trozo magnífico en un instrumento miserable, se experimenta una emoción estética llena de encanto y una sensación penosa del oído. El que mira el sol en pleno día, sufre una sensación dolorosa; pero el placer estético es delicioso. Así que, mientras todos los sentidos pueden proporcionarnos sensaciones agradables, la vista y el oído tienen el privilegio de excitar, con la sensación agradable, la idea de la belleza, que provoca á su vez el sentimiento estético. Tampoco la *utilidad* es un elemento necesario de la belleza, si bien puede acompañarle; porque hay objetos que son útiles, como una marmita, y no son bellos.

<sup>1</sup> S. Augustinus, De vera religione c. 32, n. 59.

<sup>2</sup> *Id.*, De Gen. contra Manich. l. 1, c. 21, n. 32.

Igualmente, de nada sirven para la vida práctica una estatua ó una pintura bellas<sup>1</sup>.

Veamos ahora la teoría de Santo Tomás acerca del arte. «El arte», dice el Angélico Doctor, «no es otra cosa que *la recta razón de algunas obras que deben hacerse*, pero cuyo bien no consiste en algún hábito del apetito humano, sino en que la misma obra que se ejecuta sea en sí buena.... Cuando alguno que posee un arte, hace una mala obra, ésta no es obra de arte, sino más bien contra el arte; así como cuando alguien, sabiendo la verdad, miente, lo que dice no es según la ciencia, sino contra la ciencia. De donde se sigue que, así como la ciencia se encamina siempre al bien, del mismo modo el arte; y, en este sentido, se le llama virtud. Pero en una cosa difiere de la perfecta razón de virtud, en cuanto no hace él mismo el buen uso; pues para esto se requiere alguna otra cosa más, aunque tampoco puede haber buen uso sin arte.»<sup>2</sup>

«El arte», dice en otro lugar, «da solamente facultad para la buena obra, porque no atiende al apetito; mas la prudencia no sólo da facultad para la buena obra, sino también el uso, pues se refiere al apetito, como presuponiendo su rectitud. La razón de esta diferencia está en que el arte es la *recta razón de las cosas factibles*; mientras que la prudencia es la *recta razón de las cosas operables*: así que *hacer* y *obrar* difieren entre sí; porque 'hacer es acto trascendente á exterior materia', como edificar, cortar, etc.; y 'obrar es acto in-

<sup>1</sup> La doctrina anterior ha sido tomada del estudio «De la belleza según San Agustín», publicado por el P. Sortais S. J. Cf. S. Aug., De Gen. contra Manich. l. 1, c. 21; Soll. l. v, c. 13; De ordine l. II, c. 2.

<sup>2</sup> «Ars nihil aliud est quam ratio recta aliquorum operum faciendorum, quorum tamen bonum non consistit in eo, quod appetitus humanus aliquo modo se habet, sed in eo, quod ipsum opus quod fit, in se bonum est.... Cum aliquis habens artem operatur malum artificium, hoc non est opus artis, immo est contra artem; sicut etiam cum aliquis sciens verum mentitur, hoc quod dicit non est secundum scientiam, sed contra scientiam. Unde sicut scientia se habet ad bonum semper, ita et ars; et secundum hoc dicitur virtus. In hoc tamen deficit a perfecta ratione virtutis, quia non facit ipsum bonum usum, sed ad hoc aliquod aliud requiritur; quamvis bonus usus sine arte esse non possit» (I II, q. 57, a. 3).

manente en el agente mismo', como ver, querer, etc... El bien de las cosas artificiales no es bien del apetito humano, sino bien de las mismas obras artísticas; y, por lo mismo, el arte no presupone el apetito recto... La rectitud de la voluntad es esencial á la prudencia, y no á la razón del arte.»<sup>1</sup>

**6. La belleza es objetiva; qué se entiende por expresión.**—La belleza es *objetiva*, esto es, reside en los seres debidamente proporcionados ú ordenados, los que tienen aptitud para producir agrado y contentamiento ó, mejor dicho, emoción estética en quien los contempla; pero sólo mediante la *expresión* puede producirse aquélla en nuestra alma. La expresión, según Gaborit<sup>2</sup>, es «la revelación ó manifestación de lo invisible, de una idea, de un sentimiento por medio de algo sensible, de formas, de movimientos, de sonidos». «Para adquirir el conocimiento de lo bello y deleitarnos en su actual consideración, nos es necesaria la imagen sensible, en nuestro estado de unión con el cuerpo», afirma el Padre Ruiz Amado; y el Padre Aicardo añade: «es preciso que *resplandezca* la verdad en la producción artística; esto es, que centellee con todo su maravilloso encanto y que nos avasalle con él... No le basta, pues, al arte la fidelidad de la expresión; necesita que la forma haga resplandecer la idea á los ojos del hombre; que fascine su fantasía, halague su oído, ilumine su entendimiento, penetre y electricice su sensibilidad, arrastre su entusiasmo; y de este modo avasalle todo su ser.»

<sup>1</sup> «Ars facit solum facultatem boni operis, quia non respicit appetitum: prudentia autem non solum facit boni operis facultatem, sed etiam usum; respicit enim appetitum tamquam presupponens rectitudinem appetitus. Cuius differentia ratio est, quia ars est *recta ratio facultatum*, prudentia vero est *recta ratio agibilium*. Differt autem *facere* et *agere*: quia, ut dicitur Metaph. l. IX, text. 16, 'factio est actus transiens in exteriorem materiam', sicut edificare, secare et huiusmodi; 'agere autem est actus permanens in ipso agente', sicut videre, velle et huiusmodi... Bonum artificialium non est bonum appetitus humani, sed bonum ipsorum operum artificialium; et ideo ars non presupponit appetitum rectum... Rectitudo voluntatis est de ratione prudentie, non autem de ratione artis» (II II, q. 57, a. 4). Cf. *Menéndez y Pelayo*, Ideas estéticas en España.

<sup>2</sup> Le beau dans la nature et dans les arts.

Con todo, la percepción y fruición de la belleza dependen también de las condiciones intelectuales y morales en que se halla quien contempla el objeto bello, y de la manera con que emplea sus facultades. Así como un paladar estragado encuentra inspidas y desagradables las mejores viandas, así un hombre cuyo entendimiento está oscurecido por el error y cuyo corazón se halla pervertido por el mal, tendrá por bellos ciertos objetos que no lo son, y al contrario.—La belleza es inseparable de la verdad y el bien, sin los que no puede existir en la maravillosa síntesis del Universo. El error y el vicio, lejos de ser bellos, oponen un obstáculo invencible á la percepción de la belleza, por cuanto son la negación de lo bueno y lo verdadero.

**7. Diversos grados y órdenes en la belleza.**—Así como hay en el Universo seres superiores é inferiores, conforme al puesto y jerarquía que ocupan, también hay varios grados y órdenes en la belleza, según que los objetos en que ella existe participan más ó menos de la perfección del Soberano Ser. Sobre la belleza física y corporal, están la belleza moral y espiritual. Nadie negará, en efecto, que una acción noble, que un acto heroico de virtud son más encantadores y atractivos que una fisonomía hermosa y un panorama bello. Dos clases de objetos pueden, pues, inspirar al genio artístico: los corpóreos y los espirituales, el mundo visible y el invisible; pero, así como el alma es superior á la materia, así, en las producciones del arte son más bellas las que tienen cierto sello de espiritualidad que las que se limitan á copiar la belleza sensible.

El hombre, en el estado actual, percibe ante todo la belleza sensible, porque las cosas exteriores impresionan directamente sus sentidos y le encantan; pero no por esto se ha de negar la existencia de la belleza intelectual y de la moral, que es más excelente que aquélla, si bien para gozar de esta última es preciso que le *preste en cierto modo su forma* la belleza sensible, sin la cual quedaría para nosotros invisible. Además, la belleza material estimula al hombre á darse cuenta de la armonía de las cosas exteriores, de su utilidad y fin, con lo que llega en último análisis á obrar



sobre la inteligencia. «El entendimiento humano, unido en esta vida á un cuerpo pasible, no puede entender nada en acto, sin recurrir á imágenes sensibles», enseña Santo Tomás. «La razón de esto consiste en que la potencia cognoscitiva es proporcionada al objeto cognoscible... El objeto propio del entendimiento humano, que se halla unido al cuerpo, es la *quiddidad* ó naturaleza existente en la materia corporal, y por estas naturalezas de las cosas visibles se eleva á algún conocimiento de las cosas aun invisibles... Infiérese de aquí que no puede conocer completa y verdaderamente la naturaleza de...cualquiera cosa material, sino conociéndola como existente en particular. Pero lo particular lo aprehendemos por los sentidos y la imaginación: de consiguiente para que el entendimiento aprehenda su objeto propio, es necesario que acuda á las imágenes sensibles, y que así considere la naturaleza universal como existe en un objeto particular.»<sup>1</sup> «Nuestro entendimiento entiende las cosas materiales abstractando de las imágenes; y por medio de las materiales así consideradas, alcanzamos algún conocimiento de las inmateriales.»<sup>2</sup>

«Aun el alma humana, esta llama inmaterial que los ojos del cuerpo no pueden contemplar, nos es conocida con más claridad», dice el abate Gaborit<sup>3</sup>; «por las palabras, por el gesto, las acciones y la fisonomía...; y no gozamos de la

<sup>1</sup> «Impossibile est intellectum nostrum, secundum presentis vite statum, quo passibili corpori coniungitur, aliquid intelligere in actu, nisi convertendo se ad phantasmatá... Huius autem ratio est, quia potentia cognoscitiva proportionatur cognoscibili... Intellectus autem humani, qui est coniunctus corpori, proprium obiectum est quidditas sive natura in materia corporali existens; et per huiusmodi naturas visibilibus rerum etiam in invisibilibus rerum alicquem cognitionem ascendit... Unde materia... cuiuscumque materialis rei, cognosci non potest complete et vere, nisi secundum quod cognoscitur ut in particulari existens. Particulare autem apprehendimus per sensum et imaginationem: et ideo necesse est ad hoc, quod intellectus actu intelligat suum obiectum proprium, quod convertat se ad phantasmatá, ut speculetur naturam universalem in particulari existentem» (I, q. 84, a. 7).

<sup>2</sup> «Necesse est dicere, quod intellectus noster intelligit materialia abstractando a phantasmatibus; et per materialia sic considerata in immaterialium alicquem cognitionem devenimus» (I, q. 85, a. 1).

<sup>3</sup> L. c.

hermosura misma de Dios, ni admiramos su acción, sino cuando le damos, por decirlo así, *un cuerpo* y una fisonomía, y le vemos con las formas según las cuales se manifestó á los hombres, ó de que se sirven las artes para representarlo, ó que le prestamos en nuestra imaginación.»

Hay tres órdenes de belleza, que forman otros tantos grados de ella, á saber: la belleza física, la intelectual y la moral. «La primera», dice un notable escritor<sup>1</sup>, «resulta de las propiedades de la materia, de las relaciones de dimensión, de forma, de color, de posición, de sonido, de movimiento; la segunda, más severa pero no menos real, procede de las leyes universales que rigen los cuerpos, de las que gobiernan la inteligencia, de los grandes principios que contienen y engendran amplias deducciones, del genio que crea en el artista, en el poeta y en el filósofo, belleza que consiste en la verdad. La belleza moral, en fin, nace de la libertad, de la virtud, de la abnegación, del bien, y sobrepaja con mucho á los otros dos órdenes de belleza. Estos tres órdenes de belleza se resuelven en una sola y única belleza, la belleza moral, entendiéndose por ésta toda belleza espiritual. La belleza física sirve de envoltura á la belleza intelectual, y la belleza moral comprende dos elementos distintos: la justicia y la caridad.»

La belleza intelectual no es percibida sino por pocos; porque eleva al hombre á la región de las abstracciones intelectuales, donde no pueden condensarse las formas sensibles. La belleza moral es asequible á mayor número; porque adonde no llegan las intuiciones de la inteligencia, alcanzan las adivinaciones del sentimiento. La belleza sensible deleita sobre todas á la muchedumbre; porque se manifiesta á un tiempo mismo á la inteligencia y á los sentidos, al sentimiento material y al racional, poniendo en acordado movimiento las facultades de nuestra alma<sup>2</sup>.

«Dios es el principio de los tres órdenes de belleza; porque, siendo el principio de todas las cosas, debe ser el tipo

<sup>1</sup> *Forme*, Le beau idéal dans l'ordre naturel.

<sup>2</sup> Cf. P. Ruiz Amado, El arte por la armonía.

de la belleza perfecta y, por consiguiente, de toda belleza física, intelectual y moral. Sólo el que vive esclavo de los sentidos y de las apariencias no descubre, al través de las formas y los colores, las combinaciones armoniosas que revelan, á través de la hermosura de este mundo visible, al ordenador, al geómetra, al artista supremo.»<sup>1</sup>

Así como existen un bien absoluto y otro relativo, también hay belleza absoluta y belleza relativa. En efecto, como vamos á verlo, Dios es la fuente de toda belleza, y sus elementos constitutivos se encuentran en Él; y, como Dios es inmutable, lo son igualmente los primeros principios de lo bello, que se fundan en la unidad, el orden, la armonía, las proporciones. Tal es la belleza esencial, ó mejor dicho, natural, que distinguimos en los seres, belleza absoluta, según dice André, independiente de nuestros gustos y opiniones, y que percibimos con nuestros sentidos y está al alcance de ellos.

La belleza relativa, que el autor citado llama también *arbitraria* y artificial, si bien se funda en las leyes esenciales de lo bello, depende en gran parte de la educación, de las inclinaciones, costumbres y cultura espiritual de cada uno, y hasta del influjo de la moda y de las preocupaciones dominantes en la época.<sup>2</sup>

#### 8. Dios es la fuente y el origen de toda belleza.—

Dios, verdad esencial y bondad suma, es también belleza suprema é infinita, en quien existe en grado altísimo cuanto de hermoso puede haber y concebirse. Él es causa primera, suficiente y final de todas las cosas, y, además, causa ejemplar suprema de las mismas, en quien residen los eternos tipos de perfección y belleza con que fueron selladas sus obras cuando libremente salieron de sus divinas manos.<sup>3</sup> «Él es la flor de la hermosura, lo puro de la luz, lo suave de la bondad, lo sumo de la altura, lo gracioso de la liberalidad, lo acertado de la sabiduría, lo dulce de la afabilidad, lo poderoso de la fortaleza, lo claro del resplandor.»<sup>4</sup>

<sup>1</sup> Cf. *Joune* l. c.—Dictionnaire d'esthétique chrétienne. *Lacouture*, Esthétique fondamentale.

<sup>2</sup> Cf. *Essai sur le beau*.      <sup>3</sup> Cf. *Cano*, Las leyes de la belleza.

<sup>4</sup> Cf. P. *Nierenberg*, De la hermosura de Dios.

En Dios existen en grado eminente todas las perfecciones, esparcidas en los seres del Universo; por lo que Él es origen y fuente perenne de toda belleza, y la hermosura de las criaturas es sólo una participación y manifestación de la de Dios.<sup>1</sup>

«Él ha creado los seres para comunicarles su bondad, su perfección y, al mismo tiempo, para expresarla y representarla en ellos», escribe Cano.<sup>2</sup> «Pero, como una sola criatura no podría convenientemente representar la perfección infinita, ha producido criaturas numerosas y diversas, á fin de que lo que falta á una de ellas para esta representación, pudiera ser suplido por otra; porque la perfección que en Dios es simple y uniforme, se encuentra multiplicada y dividida en las criaturas... En las variadísimas hojas del libro de la creación quedaron estampadas las huellas de aquel Ser, Verdad suma, Bondad sin límite, Perfección absoluta é inagotable, Sol de esencial, inextinguible y eterna belleza, cuyos rayos se han difundido y comunicado á todas sus obras, así á las que caen bajo el sentido y conocimiento humanos, como á otras innumerables y aun muy superiores, que nos están ocultas, por exceder á nuestras facultades.»

El arte, para cumplir su misión y alcanzar la perfección posible, debe, ante todo, inspirarse en Dios, que es la belleza substancial, realísima é infinita, que, así como encierra toda la plenitud del ser, encierra también toda la plenitud de la belleza. Dar á conocer, en lo posible, los atributos divinos; expresar por medio del cincel, del color, del sonido, la hermosura del Supremo Hacedor, enaltecer sus obras, contribuir á que sea amado por los hombres; ser un lazo de unión entre el cielo y la tierra: he aquí en lo que preferentemente debe ocuparse el arte y lo que ha de constituir la fuente principal de su inspiración. Si el arte es la expresión de la belleza ideal bajo una forma creada; y si Dios, como dijo

<sup>1</sup> «Pulchritudo creaturæ nihil est aliud quam similitudo divinæ pulchritudinis rebus participata... Omnia enim facta sunt, ut divinam pulchritudinem qualitercunque imitentur» (*S. Thom.*, In libr. b. Dionysii de div. nom. c. 4, lect. 5).

<sup>2</sup> L. c.

San Agustín, es hermosura siempre antigua y siempre nueva; si en Él están eminentemente contenidas toda la verdad, bondad y belleza que admiramos en el mundo visible é invisible; si es el único ser inmutable, y si la belleza creada está en cosas que perecen y se mudan, es claro que el artista ha de mirar á Dios como á foco y centro de todo lo grande y de todo lo bello, procurando remontarse de grado en grado, en cuanto lo permiten sus limitadas facultades, á la contemplación de las perfecciones divinas, á fin de manifestarlas en alguna manera en las creaciones artísticas<sup>1</sup>.

«La belleza tiene en sólo Dios su origen y pleno esplendor», dice Mons. Dupanloup<sup>2</sup>, «y las cosas bellas de la naturaleza lo son porque Dios ha difundido en ellas un rayo de su hermosura; por lo que, en último análisis, Él es el objeto adecuado del arte... Á Dios, al Dios vivo que ha puesto su sello y sus luminosos vestigios en la naturaleza; al Dios á quien la naturaleza revela al alma y al corazón: á ese Dios debe revelar también el arte. El misticismo panteísta es falso; el arte que engendra es falso y enfermizo.» Por esto el arte, como afirma Cousin, es esencialmente religioso, y sin faltar á sus propias leyes, á su genio, no debe expresar en sus obras sino la belleza eterna. El mismo espíritu de Dios, dice Fenelon, ha consagrado el arte; y he aquí por qué debe elevarse hacia el Ser Supremo, rendirle homenaje y servir al hombre de punto de apoyo para subir al cielo dejando las tristes y groseras realidades de la tierra.

«Toda obra de arte, cualquiera que sea su forma, pequeña ó grande, figurada, cantada ó hablada, verdaderamente bella ó sublime, lanza el alma á fantasías gratas ó severas que elevan hacia lo infinito», dice el ya citado obispo de Orleans<sup>3</sup>. «Lo infinito es el término común á que el alma sube en alas de la imaginación y de la razón, por el camino de lo sublime y de lo bello, como por el de la verdad y el bien. La emoción que produce la belleza vuelve al alma hacia este lado,

<sup>1</sup> «Omne pulchrum a summa pulchritudine est, quod Deus est; temporalis autem pulchritudo rebus decedentibus succedentibusque peragitur» (l. 1, q. 44).

<sup>2</sup> Cartas sobre educación. <sup>3</sup> L. c.

y esta emoción benéfica procura el arte á la humanidad... El arte es grande y debe tratarse con respeto, con una especie de culto y con toda la seriedad que conviene á un culto. Yo lo veo resplandecer por encima de las pasiones, de los viles intereses, de los placeres sensuales y aun de esta razón estrecha y fría y, puede decirse también, tan llena de hastio, que constituye el fondo y como el aspecto general de la vida vulgar. Lo veo llevando á los hombres á una región más alta, en que se respira un aire más puro, donde, si puedo expresarme así, viene á ser uno *más alma*, es decir, donde se desenvuelve más fácilmente en nosotros esa existencia inmaterial, siempre en lucha aquí abajo con la vida material y grosera, y cuya perfección no se encuentra sino en el seno mismo de Dios. Las artes se me figuran esas cumbres resplandecientes en las que, como dice San Bernardo, parece Dios más familiar; que no son todavía el cielo, pero que elevan nuestras miradas por encima de la tierra hacia la esfera de las cosas celestiales y eternas. No se exagera, pues, nada, cuando se dice que el arte es de origen divino.»

**9. Naturaleza y constitutivos de la belleza; seres en que ésta brilla principalmente.**— Siendo Dios la fuente y origen de toda belleza, hemos de buscar en Él los elementos constitutivos de lo bello. Ahora bien, Dios es Verdad suma y Bondad por esencia, cualidades que resplandecen también en los seres creados, pero con limitación propia de su naturaleza finita.

«En la jerarquía de las perfecciones inherentes á las obras divinas, ocupan el primer lugar la verdad, que se refiere á la esencia intrínseca del ser, según las partes ó dotes con que Dios quiso disponer su naturaleza propia; y la bondad, que toca más inmediatamente á la finalidad del mismo, ó á la conveniencia de sus medios naturales para el fin de su existencia, con cuya idea se acompaña la apetibilidad del ser para la consecución de un fin. Por eso, entre las cualidades transcendentales, que son partes esenciales, primitivas y genuinas de belleza, propias de toda esencia realizada, extensivas á todos los órdenes y que forman el primer *substratum* de las cosas bellas, hállanse la verdad y la bondad.

«No puede ser más cercano el parentesco que con la belleza, en su más remota simplicidad, tienen la verdad y la bondad, estas dos hermanas gemelas que se exteriorizaron y mostraron al mundo en el primer día de los tiempos con el acto creador del Supremo Artífice, quien, al complacerse en las obras que había hecho, las calificó de *muy buenas*, certificando así á la vez de su verdad y bondad, y por ende también de su belleza....»

«Resulta de lo anterior: 1º que las supremas normas y condiciones constantes *sine quibus non* de toda belleza, son las perfecciones cardinales y primordiales del ser — la verdad y la bondad — relacionadas cada una con nuestras respectivas facultades superiores; y 2º que la nota específica, peculiar de la belleza, estricta y propiamente dicha, es el esplendor de dichas perfecciones, en que se complace nuestra naturaleza racional y se interesa nuestro sentimiento.»<sup>1</sup>

Dios se definió á sí mismo: «Yo soy el que soy» (Ex. III, 14). Ser simplicísimo, fuente eterna de cuantas perfecciones vemos diseminadas en los seres, y aun de otros incomparablemente superiores; ser que existe por sí mismo, sin que nadie pueda igualarle: la unidad es condición esencial suya y ella lo es también de la belleza y de toda obra artística.

También descubrimos en Dios otra cualidad que lo es igualmente de la belleza: la variedad en la unidad. Dios es uno en esencia, pero trino en personas; es una substancia única, indivisible é inmutable, pero de asombrosa fecundidad y actividad. «En efecto», como lo dice un autor, «Dios se conoce necesariamente á sí mismo, y el término de este conocimiento es el Verbo ó el Hijo, imagen perfecta suya y esplendor de su substancia; mas, como no puede conocerse sin amarse, el amor mutuo y eterno que une al Padre con el Hijo, produce al Espíritu Santo, término igualmente eterno y divino de este amor.... Así se revela y opera en el seno de Dios, por medio de la inteligencia y del amor divinos, este gran principio de toda belleza — la variedad en la unidad; Dios existe solo, inmutable: he aquí la unidad; Él se

<sup>1</sup> Cano I. c.

conoce y ama, lo que da origen á un número prodigioso, innumerable de operaciones de inteligencia y de amor: he aquí la variedad que nace de la unidad. Pero, al conocerse y amarse, permanece siempre el mismo, una substancia única: he aquí la variedad vuelta á la unidad.»<sup>1</sup>

Como las criaturas visibles manifiestan la hermosura de Dios, encontramos realizadas en ellas las dos leyes antes mencionadas, leyes que deben observarse en toda obra artística. El mundo es á modo de espejo que refleja el poder, la hermosura y demás perfecciones divinas, y todo en él habla á los sentidos, al espíritu y al corazón. En los seres del Universo encontramos, en efecto, la verdad, la bondad, el orden, la unidad, la armonía, las proporciones, el feliz efecto de los contrastes, condiciones esenciales de la belleza y leyes inmutables de la misma; por lo cual, el artista debe en sus obras cumplir estas leyes y reunir esas condiciones, so pena de que, al violarlas, sean sus obras detestables. El artista, en una palabra, se ha de someter á lo establecido por Dios, y en la medida de la debilidad humana ha de obrar teniendo siempre á la vista la sabiduría y grandeza divinas, y procurando expresarlas é imitarlas.

En el hombre, sobre todo, se realizan las dos condiciones esenciales de lo bello: la unidad y la variedad en la unidad. Efectivamente, aunque compuesto de alma y cuerpo, los dos forman una sola persona. Su alma se halla dotada de inteligencia, con que se conoce á sí mismo y á los demás, y de voluntad para amar lo bueno; y estas dos facultades distintas é inseparables, son de su esencia; de modo que el alma no podría existir sin conocerse, ni conocerse sin amarse. Y, sin embargo, el alma es una substancia única é indivisible, y cuanto puede ser objeto de su actividad, como el trabajo, la ciencia, el arte, la virtud misma, entran en el dominio de la inteligencia y del amor.<sup>2</sup>

**10. Esfera del arte y su destino.**—Dos escuelas opuestas pretenden señalar al arte su esfera de acción. Para

<sup>1</sup> *Migne*, Dictionnaire d'esthétique chrétienne.

<sup>2</sup> Cf. Dictionnaire d'esthétique, y *Jenax*, Le beau idéal dans l'ordre naturel.

CRESPO-TORAL, Educación. Ed. 2.

la una, la imitación es el todo en el arte; para la otra, la sola imitación nada vale en el arte. La primera se apasiona sólo de la *forma*; la segunda no ve en el arte sino la *idea*. Ambas escuelas son exageradas por lo absoluto de sus afirmaciones.

Es indudable que el artista ha de fundar sus concepciones en la naturaleza y que ha de procurar copiarla, pero no servilmente, sino idealizándola. Todos los objetos, inclusive los feos y desagradables en sí, adquieren cierto lustre y belleza con la imitación del natural, la que, como dice el Padre Ruiz Amado<sup>1</sup>, «es una de las más copiosas fuentes de placer estético, nácido de la inclinación ingénita que tiene el hombre á aprender; deleite puro, desinteresado y estable, además, por no fundarse en alguna indigencia natural que con la satisfacción pueda saciarse, sino en una aspiración teórica é infinita; deleite nacido, en fin, de la belleza natural de los objetos cuya imitación se propone el arte».

«Nos agrada todo lo bien imitado, aunque sea feo y desagradable el objeto mismo que se imita», afirma Aristóteles; «pues no nos gozamos con éste, sino formamos un raciocinio coligiendo que éste es aquél; por donde venimos á aprender algo; y este placer, lejos de ser bajo, es de linaje nobilísimo.»<sup>2</sup> «El conocimiento intelectual proporciona deleites maravillosos, tanto por su pureza como por su duración», dice el mismo filósofo<sup>3</sup>. Esta pureza y estabilidad, así como la mayor perfección que atribuye él á los deleites que nacen del conocer, procede de que no se fundan en la satisfacción de alguna necesidad, observa el Padre Ruiz Amado. Oigamos á Aristóteles: «Hay deleites en la naturaleza que camina hacia su perfeccionamiento, y los hay en la ya perfecta y constituída en su natural estado. Del primer género son los que resultan de satisfacer alguna indigencia; pertenecen al segundo los de la vista, del oído y otros semejantes, y son más excelentes que los primeros..., principalmente los que nacen de conocer con el entendimiento.»<sup>4</sup>

<sup>1</sup> «La esfera del arte». <sup>2</sup> Rhet. I, I, c. 1. <sup>3</sup> Nicomach. I, X, c. 7.

<sup>4</sup> Mag. mor. II, 7. Citas todas del P. Ruiz Amado.

También otro escritor, el Padre Arteaga, apoyado en la autoridad del mismo filósofo, afirma que, si bien la imitación artística no cambia en lo más mínimo la naturaleza de los objetos, no sólo en sí, pero ni aun en cuanto representados, goza el alma al ver imitados los objetos, encontrando materia abundante sobre que ejercitar su facultad de juzgar y comparar<sup>1</sup>. Pero si la imitación es un *baño sagrado que purifica la fealdad natural, convirtiéndola en belleza artística*, su poder (el de la imitación) no es omnívoto, á tal punto que «pueda ennoblecer lo malo ni lo positivamente feo, que contradice y repugna á la belleza, como repugna á la verdad la mentira, procurando ponerse en su lugar y usurpar sus derechos. En una palabra, la imitación puede prestar artística belleza á lo no bello y á lo simplemente feo, principalmente si es característico. Pero la fealdad repugnante y lo asqueroso necesita algo más que imitarse para legitimar su admisión en la obra de arte. Necesita ser vencido y reducido á ingrediente de las complejas emociones de lo trágico, lo terrible ó lo ridículo, para que pueda producir en el alma el deleite puro á que las artes aspiran.»<sup>2</sup>

Lo real y lo ideal forman el dominio del arte, y entrambos, debidamente combinados y auxiliándose mutuamente, contribuyen á la perfección de las obras artísticas; porque si la imitación, como acabamos de verlo, es fuente de placer, fundado en el ejercicio de nuestras potencias racionales, no ha de ser ésta muy servil y rastrera, hasta el punto de excluir toda inventiva del artista: á su vez, si la producción no se apoya en lo real, sino únicamente en la fantasía de aquél, carecerá de interés para nosotros, ó á lo sumo la miraremos como una creación antojadiza y ajena al mundo de la realidad.

La razón y la moral enseñan que el hombre en cada uno de sus actos ha de procurar el perfeccionamiento de sus facultades y la consecución del fin supremo á que ha sido destinado. La verdad es el objeto propio del entendimiento, y el bien el objeto también propio de la voluntad; y, como

<sup>1</sup> Cf. «Invest. filos. sobre la belleza ideal». Cita del P. Ruiz Amado.

<sup>2</sup> P. Ruiz Amado I. c.

estas dos facultades son las principales en el hombre, se deduce que nuestra actividad debe tender á la consecución de la verdad y á la posesión del bien.

El arte, que constituye una de las principales manifestaciones de la actividad humana, se halla sometido á esta ley; y, por lo mismo, su destino es hacer brillar en sus obras la verdad, reproducirla, ensalzarla, difundirla; y, al propio tiempo, inspirarse en el bien, propagarlo, hacerlo amable y no apartarse de sus preceptos. Oigamos al Padre Félix<sup>1</sup>: «El ministerio del arte, su gran *misión social*, es perfeccionar la vida humana acercándola á su ideal, que es el mismo Dios. Elevar á los hombres atrayéndolos hacia las alturas; imprimir á la humanidad, por medio de un movimiento que viene de abajo, una dirección ascendente y una marcha progresiva, tal es la sublime vocación y la misión verdaderamente regia del artista.»

Esto se deduce también de la naturaleza y objeto propio del arte; pues, según el mismo autor, concurren tres elementos en toda obra artística, á saber: la contemplación de la belleza, el amor y la expresión de la belleza ideal.

Á diferencia del filósofo y del sabio, que buscan é investigar la verdad, el artista expresa y crea la belleza, por cuanto da nueva forma á las obras que produce, á semejanza de la idea que de la misma belleza se forma y bajo la inspiración del sentimiento que de ella tiene. Al decir que el artista *crea* la belleza, debe entenderse la palabra en un sentido lato; porque, como dice Santo Tomás, no hay creación en las obras de la naturaleza y del arte, sino que se presupone algo para la operación de la naturaleza... Las formas comienzan á ser en acto, al formarse los compuestos, no porque ellas sean hechas *per se*, sino sólo *per accidens*. Así que la operación de la naturaleza no tiene lugar sino presupuestos principios creados; por lo cual se llama criatura lo que la naturaleza produce<sup>2</sup>. «Sí, el artista es creador», exclama el Padre Félix<sup>3</sup>, «á lo menos en cuanto es compatible la gloria

<sup>1</sup> Del objeto del arte y vocación del artista.

<sup>2</sup> Cf. *Moníniz y Peláyo*, Ideas estéticas.

<sup>3</sup> Conferencia sobre el objeto y naturaleza del arte.

de esta palabra con la debilidad del ser finito... Sin embargo, un abismo insondable separa las creaciones de Dios de las creaciones del hombre. Dios crea, al tiempo mismo en los seres que realiza, la substancia y la forma: el hombre crea la forma accidental en las obras maestras que produce; si bien por una y otra parte hay creación, es decir, manifestación de la belleza bajo una forma sensible, realizada por un poder creador.»

«El artista es un creador diminuto y participado que, con el mármol ó la madera, con los colores ó los sonidos, con los gestos ó las palabras, exterioriza una idea, un ejemplar concebido en su mente, como verbo finito y limitado, y que es el que mueve por manera secreta su mano en la producción del arte.»<sup>1</sup>

Si tan noble es la misión del arte y del artista, debe éste tener una *vocación* especial y hallarse adornado de disposiciones adecuadas, sobre todo del genio del arte, sin el cual sus concepciones serán vulgares, frías y rutinarias, y no podrán despertar en el alma la aspiración á lo infinito, elevándola de las bajas regiones de la materia á las muy altas del mundo moral. Por esto, son muy pocos los verdaderos artistas, porque pocos pueden producir obras maestras, y pocos han recibido la chispa del genio, con la cual, sin prescindir de la realidad, se espiritualizan, en cierto modo, levantando el vuelo hacia lo ideal, con el intento de elevar los corazones, apasionarlos por lo grande, lo bello y lo divino, preservándolos de la plaga del sensualismo. «Expresar por medio de la energía del trabajo el ideal que los ojos no ven y que con todo el corazón ama, es, como si dijéramos, apoderarse de la materia, comprimirla en cierto modo con la mano, á impulsos de la inspiración y del genio, para hacer que brote de ella la claridad del espíritu; trabajar más y más por alejar del esplendor de la verdad las obscuridades de la mentira, de la armonía del bien el desconcierto del mal, y de la genuina fisonomía de lo bello las formas de lo feo; ¿no significa una generosa lucha contra la decadencia de la vida, un

<sup>1</sup> *Aicardo*, De críticos y de crítica.

esfuerzo para elevarse á sí mismo y para elevar también á las generaciones que contemplan, admiran y aplauden lo que realmente es bueno y hermoso? Tal es, á no dudarlo, la civilizadora y delicada labor á que se dedica el arte.»<sup>1</sup>

11. **El simbolismo en el arte.**—La limitación de las facultades humanas y la consiguiente dificultad de adquirir nociones adecuadas de las verdades abstractas y sobre todo de los seres del mundo sobrenatural, obligan al hombre á emplear signos y figuras que representen de algún modo dichos seres y nos expliquen sus cualidades. El antiguo y el nuevo Testamento están llenos de figuras y parábolas relativas á Dios y á su doctrina; y Nuestro Señor mismo acudió á menudo á este medio para ponerse al alcance de la muchedumbre y hacerle comprender mejor la altísima y celestial enseñanza que traía al mundo. Aun en el orden de las cosas humanas empleamos con frecuencia este medio para expresar los afectos del alma; y también nos servimos de él para representar la muerte, la eternidad, la gloria, el heroísmo, la caridad, la esperanza y otras entidades abstractas y sobrenaturales.

«Si el simbolismo», dice Ozanam<sup>2</sup>, «es una ley de la naturaleza y una ley del espíritu humano, es claro que tiene íntimas relaciones con el arte; y si las religiones son necesariamente simbólicas, vienen á ser ellas el principio y la cuna de las artes.... Lo que no es extraño; porque, si el hombre en todo necesita de signos que, precisamente por ser materiales, quedan siempre inferiores á su pensamiento, con mayor razón debe acontecer lo mismo cuando se propone hablar de Dios, de las cosas invisibles, de todas esas concepciones infinitas que la inteligencia entiende apenas, que vislumbra por un momento y pasan como relámpagos que el hombre querría mirar, pero que desaparecen antes que pueda comparar su expresión imperfecta con la idea misma que han deseado manifestar.... Sin embargo, á pesar de esta impotencia, el ideal que el hombre persigue se deja entrever

<sup>1</sup> P. Félix, Del objeto del arte y vocación del artista.

<sup>2</sup> L'art chrétien.

con cierta especie de transparencia, y puede expresarlo y darlo á comprender valiéndose de la poesía, de la pintura, de la escultura ó de otros medios que están á su alcance, á fin de obrar sobre los sentidos y comunicar á la inteligencia de otro lo que su inteligencia ha concebido.»

12. **El ideal en el arte.**—El ideal ocupa lugar preferente en el arte. En efecto, aun cuando éste se apoye en la naturaleza y se proponga reproducirla, debe también *interpretarla*; pues la imitación servil empujece el arte y limita su vasto campo de acción. «Generalizar es idealizar», dice Gaborit: «el ideal de un objeto es la idea de su tipo.» «No hay duda», observa el Padre Félix<sup>1</sup>, «que la naturaleza puede y debe servir de modelo al artista, pero para ayudarle á buscar más allá de ella un ejemplar más perfecto é inmutable, ejemplar que se cieme por encima de toda belleza pasajera y movable; esto es lo que en lenguaje artístico se llama el *ideal*.»

«Á la manera que el alma, en sí misma espiritual é invisible, se refleja en el semblante é ilumina todo el exterior, del mismo modo resalta en las verdaderas obras de arte, á través de las envolturas de la forma sensible y material, un rayo de lo ideal, que es el que comunica á aquellas la verdadera belleza, en cuya contemplación nuestros ojos se recrean. Toda obra de arte, según esto, debe constar de dos elementos esenciales, á saber, el alma, ó sea su forma intrínseca ideal, y el cuerpo, ó sea la forma exterior sensible. Aquella la constituye la idea, ésta es la que ejerce su impresión en nuestros sentidos; y por eso se dice con razón que el artista crea con el espíritu y con las manos. Elévase sobre lo sensible, sin salir de su dominio, comunicando formas sensibles á lo que por su índole es insensible, siendo á un mismo tiempo, como dice Goethe, 'señor y esclavo de la naturaleza'. Es su esclavo, por cuanto el artista debe procurar imitarla, buscando en ella las formas que han de dar expresión á su idea; y es su señor, porque no se sujeta á imitar la naturaleza empírica ó sea tal cual en el estado pre-

<sup>1</sup> L. c.

sente se encuentra, sino que se remonta sobre ella, para contemplarla en sus más puros y primitivos modelos, tal como existía en el principio y cómo debía ser.»<sup>1</sup>

Aun cuando el ideal inspira al artista y ejercita su numen creador, sus producciones, por hermosas y esmeradas que parezcan, siempre quedan inferiores al ideal, que es por esto el estímulo y al mismo tiempo el constante tormento del arte. Así como un observador, deseoso de contemplar más de cerca la bóveda celeste, sube á la cumbre de un monte, pero nota, á medida que asciende, que aquélla se aleja más y más de sus miradas; también el artista, mientras más se esfuerza en expresar en sus obras la realidad, vista á la luz del ideal que la transfigura, nota que éste se oculta y como que se aparta de su lado, sin dejar por eso de inspirarle. Esto depende, según el Padre Félix<sup>2</sup>, de que «el ideal es la perfección superior á cuanto admiramos en la realidad; algo más bello que todo lo más bello que aquí encontramos; belleza celestial cuya revelación recibe el alma en su más íntimo santuario y que el genio del arte contempla desde las más altas cumbres de su pensamiento, vuelto hacia lo infinito; el ideal que se revela á proporción del genio y que va alejándose y ofreciendo perspectivas tanto más profundas cuanto más se acercan á él con obras acabadas; el ideal, seducción eterna y eterno desencanto de las más nobles almas, que son tan impotentes para alcanzarlo como ardorosas para andar en pos de él».

13. El arte, para cumplir su misión, tiene que ser eminentemente religioso.—El arte tiene que ser eminentemente religioso, porque sólo la religión habla al artista de las cosas del cielo, de lo infinito, de lo sobrenatural; sólo ella presenta á su vista horizontes incommensurables y le enseña la caridad, el sacrificio y otras virtudes nobilísimas, que impresionan gratamente su alma y le hacen gustar, en alguna manera, las dulces y puras fruiciones del orden sobrenatural. Por esto, en la antigüedad y, sobre todo, durante la era cristiana, las obras artísticas más perfectas han sido

<sup>1</sup> *Hettinger*, Timoteo.

<sup>2</sup> L. c.

inspiradas por las creencias religiosas. «El espíritu que eleva es el espíritu religioso, emanación del espíritu que Dios comunica al hombre para llevarlo al cielo», dice el Padre Félix<sup>1</sup>. «La religión presenta ante la mirada y las aspiraciones del artista, los amplios y radiantes horizontes de lo infinito y las perspectivas de lo invisible. Suprimid por un momento en el hombre de arte todo comercio con Dios, es decir, toda religión, y al punto se interpone una barrera de tinieblas que le cierra todas las comunicaciones que le facilitaban el acceso al cielo: un espeso muro le oculta la gran luz de lo inmortal y lo infinito: el ideal desaparece, como el sol que se esconde detrás de una nube, y el artista queda solo, encerrado en los oscuros límites de la naturaleza y del tiempo, como un preso en su calabozo. Por esto, apostarar de la religión es apostarar del arte mismo.» «Si el arte debe elevar al hombre, el arte religioso lo eleva más directamente y conserva desde su origen un recuerdo más ardiente y sublime, un sello magnífico de las huellas luminosas que las tradiciones han depositado en el hombre. El arte religioso pinta á grandes rasgos y de un modo glorioso el invencible recuerdo y la invencible esperanza de la humanidad; vela junto á la cuna y al sepulcro de Jesucristo, y, como San Juan, vela sobre la mujer y sobre la Virgen inmaculada que parece confiada á la guarda de sus manos. El arte religioso debe entrar en este mundo por la puerta oriental: debe vivir de luz y llevar del Edén al valle de Josafat, á través de la vida humana, la gloria de Dios como un manto de púrpura.»<sup>2</sup>

«De la religión toma el arte los principios que le guían, y que son como el alma que vivifica sus obras. Por esto la teología, ciencia de la religión, no puede ignorar el arte. Desde sus principios estableció con él estrecha y firme alianza, estableciéndose entre los dos un íntimo y mutuo comercio. En la antigüedad fué el arte el padre de la religión; ésta en el cristianismo es madre de aquél. Esto es también lo que nosotros exigimos, unión firme y amistosa de la religión con el arte. Emanando ambos de Dios, deben, por necesidad

<sup>1</sup> «El hombre y el artista».

<sup>2</sup> *Ernesto Hello*, *L'homme*.



de su naturaleza, volver unidos á él, aunque su campo de acción sea muy distinto. Y así como todo lo que á la verdad sirve, sirve también á Dios, asimismo el arte genuino le sirve representando la belleza que de Dios se origina y á Dios debe conducir en último término.<sup>1</sup>

Tan benéfico es el influjo del espiritualismo cristiano en el arte, que el protestantismo, que es como rama seca desprendida de la verdadera Iglesia, «con el principio del libre examen», dice Menéndez y Pelayo<sup>2</sup>, «derribó el arte de la serena altura del ideal religioso para reducirle á presentar obras donde el ideal se ha refugiado en los efectos del claro-oscuro. En literatura ... basta decir que Ginebra rechazaba todavía en el siglo pasado el teatro, y que ni Ariosto, ni Tasso, ni Cervantes, ni Lope, ni Calderón, ni Cáoens, fueron protestantes, y que hasta es muy dudoso que Shakespeare lo fuera.»

#### CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO.

##### EL ARTE Y EL CRISTIANISMO.

1. El arte cristiano y el arte pagano.— 2. Superioridad del primero sobre el segundo.— 3. Influjo benéfico del cristianismo en el arte.— 4. Jesucristo, centro perenne del arte.— 5. Belleza del hombre, de la virtud y de la santidad; influjo de ésta sobre el cuerpo.— 6. La belleza corporal es peligrosa al hombre, en su estado actual.— 7. El arte debe acercarnos á Dios.— 8. Causas de la decadencia artística.— 9. Sólo el cristianismo puede restaurar el arte.

1. El arte cristiano y el arte pagano.— Dios, el hombre y la naturaleza forman el campo vastísimo en que el artista puede ejercitar su actividad; pero, como antes se ha dicho, el ideal es el móvil de las obras de arte, móvil que excita y fatiga las dotes del artista, quien jamás puede en sus creaciones llegar al término de sus ensueños y aspiraciones.

El ideal del arte, noble y fecundo, se halla en el cristianismo, porque sólo él comunica á las obras cierto sello sobre-

<sup>1</sup> *Hettinger*, Timoteo.

<sup>2</sup> «Los heterodoxos españoles.»

natural y divino, á diferencia del ideal pagano que, de ordinario, se limitó á expresar la belleza sensible y muchas veces las miserias y pasiones humanas. Aun cuando no nos sea dado comprender á Dios, puede el artista, con la luz de la fe, vislumbrar sus perfecciones y trasladar, de algún modo, al verso, al lienzo y á la piedra la hermosura inefable de los atributos divinos. Con razón se ha dicho que el arte pagano es el triunfo de la forma, y el arte cristiano el triunfo de la expresión y de la idea. Basta citar, en prueba de esto, los cuadros de la Transfiguración, del Juicio Final, del Descendimiento, de la Comunión de San Jerónimo, muy superiores á las obras de Fidias y Praxíteles. «En el arte cristiano», dice Mons. Dupanloup<sup>1</sup>, «tenemos tesoros incomparables, todo un mundo de obras maestras, de admirables creaciones, templos espléndidos completamente llenos de la Divinidad. El espíritu cristiano, pasando por el arte, lo elevó á un ideal lleno de belleza y castidad, le dió concepciones infinitas, tipos radiantes é inspiraciones divinas, y después de ennoblecerlo de este modo, no renunció á unir en justa proporción la idea y la forma.»

«Si el arte es la expresión de lo ideal, envuelto y revestido en formas sensibles, de lo infinito mediante lo finito, y de lo divino y celestial mediante lo humano y terrestre, preciso es confesar que con el cristianismo comenzó en lo que toca al arte un nuevo período, tanto más alto y sublime cuanto que sus enseñanzas se encumbran sobre las de la antigüedad pagana. En efecto, el cristianismo nos presenta el mundo de la naturaleza tal como éste existía en los eternos destinos de Dios antes de ser corrompido por el pecado, y tal como aparecerá un día en su futura renovación, es decir, un nuevo cielo y una tierra nueva.»<sup>2</sup>

2. Superioridad del arte cristiano sobre el pagano.— Es innegable que el arte se elevó á grande altura en el paganismo, sobre todo en Grecia y Roma, que fueron el centro de la cultura del mundo antiguo. Estos dos pueblos, dotados de un delicado sentimiento estético, produjeron

<sup>1</sup> Cartas sobre educación intelectual.

<sup>2</sup> *Hettinger* l. c.